
TELEVISIÓN EDUCATIVA Y FORMACIÓN CÍVICA

María del Rosario Freixas

I.

En una de sus obras recientes más atendibles, *Por un progreso incluyente*, Carlos Fuentes subraya con acierto la misión de la educación y destaca los frutos más deseables de ésta: “Darle a los alumnos un sentido poderoso de su dignidad personal, de sus capacidades a desarrollar, de su fuerza para sobrevivir, de su obligación de participar, de su inteligencia para tomar decisiones propias y de la virtud para seguir aprendiendo. Maestros para la democracia, escuelas para la democracia y, finalmente, ciudadanos para la democracia”.¹ En este contexto, entre las tareas centrales de nuestro tiempo destaca, sin duda, el empeño de poner al día, con nuestras luces, nuestros medios y nuestras trayectorias culturales, uno de los mejores legados de la tradición clásica, el desarrollo pleno de la convivencia democrática y el fortalecimiento de los valores cívicos: la tarea y el objetivo últimos del quehacer educativo.

En todo el orbe, con acentos, expectativas y ritmos diversos, crecen los ensayos y las propuestas renovadoras, al tiempo que se multiplican los actores sociales que buscan incidir, transformar, cuestionar, partici-

¹ Carlos Fuentes, *Por un progreso incluyente*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 1997, p. 79.

par en muy diversa medida, en la experiencia de la formación y el fortalecimiento de los horizontes de la democracia.

Hemos asistido, aún con pasmo, a la transformación democrática, frágil, azarosa, de vastísimos territorios, a la caída de numerosos regímenes autoritarios, a la eclosión de contradictorias propuestas para la reorganización de nuestras sociedades, mientras crecía la certeza de que los valores democráticos constituyen un patrimonio y un sustento de enorme trascendencia en los más variados ámbitos de la vida de las naciones.

Nuestro país, en tanto, no ha quedado a la zaga en semejante empeño, y en las décadas más recientes ha sido creciente la multiplicación de los espacios democráticos como de los agentes de ese proceso. Con los tropiezos y las incertidumbres que han sido comunes a afanes similares en otras latitudes, el camino mexicano hacia la plena democracia ha explorado paso a paso las rutas que le son propias y, si bien se juzga en ocasiones como excesivamente lento o tortuoso, ha logrado afincar en nuestro medio, paulatinamente, la convicción de que se trata de una tarea social de enorme importancia, de un esfuerzo común de alcances históricos, de una nueva perspectiva para la participación y la responsabilidad ciudadanas.

Así, de los variados, accidentados y contradictorios atisbos del enriquecido valor del sufragio, de la conciencia de que los aportes individual y social pueden ir juntos, cada vez más lejos de la añeja distancia y la frecuente reticencia hacia las jornadas electorales, se ha avanzado hacia la noción, fundamental, de que incluso la vida cotidiana, los afanes de todos los días, pueden ser también el marco de la creación y la recreación de formas inéditas o interrumpidas de convivencia social, en cada localidad, en todas las comunidades y aun en cualquier espacio reducido, local, pero no menos trascendente.

Con alguna sorpresa pero también con júbilo, hemos visto cómo los valores centrales de la vida democrática pasan a ser parte de un creciente número de terrenos del espectro social y se multiplican los grupos que los hacen piezas medulares de su actividad. Términos que fueron frecuente, lastimosamente, lejanos o abstractos, como libertad, responsabilidad, igualdad, tolerancia, justicia, pluralismo, participación, y algunos más, son identificados en su enorme significación, discutidos, asumidos y, cuando ello es menester, defendidos.

Aunque no se trata, naturalmente, de un proceso lineal sin obstáculos, contradicciones y, acaso, retrocesos, es perceptible que, con énfasis

diversos, la sociedad ha asimilado la relevancia de estos asuntos e incluso el habla común ha incorporado estos vocablos; ya no se juzgan materias de especialistas o políticos y, saludablemente, han pasado a la agenda más inmediata en ámbitos tan variados como la investigación, los medios masivos, las tareas legislativas, la actividad gubernamental y las discusiones cotidianas de múltiples sectores sociales.

Se trata de un cambio enorme, radical, aún en marcha, cuyo desenlace desconocemos pues, como mucho se insiste, nos encontramos en un punto incierto de lo que se ha dado en llamar *la transición democrática*. Sin embargo, son notorios el vigor y el respeto que han ganado los valores democráticos como respuestas, como marco de iniciativas, pero también como diques a acciones y actitudes indeseables, al tiempo que han promovido el despertar o el renacer de los valores cívicos, aparentemente de rango modesto, pero estrictamente centrales en el desarrollo de nuevas experiencias de organización social.

Con frecuencia en pugna con las ubicuas incitaciones cotidianas al individualismo elemental, casi siempre ancladas al mero consumismo, la nueva cultura cívica nacional ha incorporado, lenta pero consistentemente, de manera multiforme para enfrentar las barreras de todo tipo, tanto al habla como a la reflexión y al esfuerzo diarios, asuntos y preocupaciones como la cooperación, la concertación, el respeto a la diferencia, el aprecio a las acciones comunitarias, la visión del espacio inmediato como terreno del desarrollo de todos los que en él viven, la belleza, la estética como aspiración factible de las acciones locales, el apoyo reiterado, no episódico, a los grupos más débiles o desprotegidos, la solidaridad tanto en la emergencia como en el trato diario, en fin, el reconocimiento y el goce, no excluyentes, del patrimonio común.

Con tonos, acentos, retos y problemas diferentes en cada caso, en cada entidad o espacio, los valores tanto democráticos como cívicos van encontrando su naturalización creciente en las preocupaciones sociales, en las atmósferas de todos los días, y exigen nuevos aportes y actitudes de todos los involucrados; de ahí que resulte natural mirar hacia los medios masivos, hacia las posibilidades que les otorga su irradiación y su presencia cotidianas, hacia la mayúscula responsabilidad que el rumbo nacional les reclama de manera puntual.

II.

El discernimiento sobre el valor formativo de los medios se antoja hoy insoslayable. Baste recordar que, como lo enfatiza Fernando Savater, no hay nada tan subversivo como un televisor: "Lejos de sumir a los niños en la ignorancia, como creen los ingenuos, los hace aprenderlo todo desde el principio, sin respeto a los trámites pedagógicos".² En este orden de ideas, los medios electrónicos, aunque también la prensa escrita con algunas particularidades, desde hace algunos lustros y de manera acelerada en los años más recientes, han debido reconocer, reexaminar y reorientar su papel, sus estrategias, sus visiones, sus ofertas, al igual que su función social, pues las transformaciones amenazan con dejarlos rezagados, obsoletos, carentes de representatividad pese a que, con banalidad, más de uno de ellos juzga que el estado de cosas puede seguir igual indefinidamente y que sólo son necesarios cambios superficiales.

Cotidianos, familiares, indispensables, ubicuos y ya añejos, los medios electrónicos han cambiado muy lentamente, en particular la televisión comercial, por lo menos en comparación con la radio del mismo cuño que, desde hace tiempo, por estrategia, por reconocimiento de la renovación social, había reorientado sus segmentos, parcialmente, hacia la información y el análisis; en efecto, la televisión comercial ha tardado demasiado en reconocer los nuevos rumbos del país, envanecida por sus logros precedentes y por los alcances de su expansión, si bien la marcha de los hechos le ha impuesto, pese a sus resistencias y reticencias, la obligación de asomarse a ellos con otras miradas, con otras propuestas, con otras perspectivas.

Desechada la falsa premisa que proponía a los medios electrónicos como meros espectadores sociales, como proveedores de entretenimiento barato pero constante, como promotores de las modas sucesivas pero despreocupados del pulso social más dinámico y exigente, han aparecido, afortunadamente, nuevas voces, nuevos espacios y formas de abordar los asuntos nacionales más acuciantes con oportunidad, rigor y honestidad. Para beneplácito del radioescucha o del televidente, ya existen franjas de programación, y aun canales o estaciones, en

² Fernando Savater, *El valor de educar*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 1997, p. 79.

los que la inteligencia y la buena disposición campean y permiten la difusión de cuestionamientos, análisis, recapitulaciones, peticiones, iniciativas y movimientos surgidos o sugeridos tanto en el terreno nacional como en el acontecer más local o restringido geográficamente: sucesos, asuntos, temas, necesidades, personajes y procesos de relieve y magnitud diversos, en otros tiempos muy probablemente soslayados, han recibido la atención inmediata, el análisis y el trato frecuente que merecían.

Sin que estas nuevas miradas sean aún la nota mayoritaria también, como se ve, los medios electrónicos se han permeado paulatinamente, pese a las reservas usuales en ellos, de una nueva propuesta de cultura democrática y cívica, con enormes limitaciones, pero igualmente con posibilidades fundadas de incidencia social en el caso de que ésta gane un lugar definitivo en las estrategias de esos medios tradicionalmente cerrados a la renovación.

III.

Sin embargo, no debemos olvidar que, en paralelo, han existido y perviven otros medios con vocación fundacional hacia el servicio, hacia la ampliación de los horizontes de sus usuarios, como en los casos de la televisión cultural y la educativa, similares en más de un sentido pero con enfoques y acentos ciertamente diferentes, pues mientras que la primera persigue la difusión de la cultura en el sentido más amplio, apelando a la diversidad pero con obligada dispersión, la segunda dirige sus esfuerzos hacia una propuesta integral de formación, incluso con los rigores académicos, formales y curriculares que son usuales en las modalidades tradicionales que basan su desarrollo en la relación maestro-alumno, con el apoyo del texto escrito y algunos otros materiales, generalmente impresos.

Ello es así porque el contexto actual de la educación a nivel mundial parece ofrecernos, cada vez con mayor intensidad, opciones que trascienden al aula y al papel protagonista y vertical del docente: educación abierta y a distancia, nuevos modelos que dadas las necesidades y retos actuales empiezan a operar simultáneamente y a converger en un espacio caracterizado por la diversidad.

La televisión educativa, con una larga y fructífera trayectoria en nuestro país, que corre en paralelo a la que ha seguido la televisión comercial,

pero que se integra como un proceso sistemático desde hace treinta años, a partir de la fundación de la telesecundaria, es hija de expectativas, propósitos, orientaciones y objetivos muy puntuales, precisados a través de varias décadas de esfuerzo, y que no puede contentarse con la fragmentación o la mera multiplicación, pues son su virtud y su servicio ofrecer conjuntos de conocimientos e información que han sido concebidos para integrarse en un modelo formativo, si bien en muchos casos esos conocimientos y esa información pueden ser atractivos y pertinentes aun para quien no busca integrarse en un modelo educativo y sólo pretende enriquecer su horizonte con opción distinta.

En general, la televisión educativa, sobre todo la que ofrecen las instancias gubernamentales, ha tenido como fuente, como origen de sus vocaciones, la atención a un puñado de circunstancias de relieve diverso: la necesidad de combatir la marginación prolijada por la lejanía, el aislamiento o la carencia de medios; la pertinencia de ofrecer otra alternativa de inicio o continuación de los estudios, otra forma de acceso a la educación; la obligación a prestar servicios complementarios a los que dan las aulas y los métodos tradicionales en muchos niveles y asignaturas; la conveniencia de experimentar con las características y las posibilidades del medio, en sí y como ofrecimiento de otras lecturas de la realidad, con nuevos ritmos y formas de apropiación de los conocimientos; la utilidad de combatir el prejuicio contra las capacidades del medio como vehículo de información y formación rigurosas, inteligentes y atendibles.

Definida así, como una apuesta de servicio social desde sus inicios, la televisión educativa pública ha establecido estrategias crecientemente complejas, diversificadas, enriquecidas, para la prestación de sus servicios y para la difusión de los contenidos pertinentes. Al igual que otros medios o modalidades, tiene como punto de partida la información que transmite, pero ésta busca la expresión concreta de contenidos curriculares, mediante técnicas didácticas audiovisuales específicas para inscribirse en un proyecto expresamente educativo mucho más amplio, del que forma parte centralmente o en forma complementaria.

El interés de la televisión educativa pública es, entonces, no solamente la proliferación de información, sino responder a propósitos específicamente formativos de acuerdo con modalidades y niveles, áreas de conocimiento e, incluso, grados, asignaturas y temas concretos, con los soportes que el audiovisual le confiere: narrativas, didácticas, géneros, etcétera.

Por ello, en el producto de esta integración de referentes conceptuales no riñen las presentaciones más atractivas con los contenidos centrales, sino que los enriquecen al ofrecer otra posibilidad de enfrentarse al conocimiento, de leer la realidad y de trascender lo que ahí se expresa.

Lo que esto significa es que, al mismo tiempo, de manera lógica, lo que se pone en juego es una conjunción de elementos que permiten, impulsan y promueven nuevas aproximaciones a la realidad, nuevas lecturas de ésta y nuevas apropiaciones de la misma, hurgar en sus múltiples espacios; atisbar la riqueza que ofrece la diversidad de costumbres, creaciones, grupos, usos y culturas; conocer y reconocer nuestro país, su trayectoria y patrimonio; fortalecer el respeto y el gusto por lo diferente, aunque no sea cercano; apreciar el conocimiento como una herramienta que puede modificar y modificarnos según su uso y no su mera acumulación.

Específicamente en este terreno existe una cauda de materias incluidas en los programas del sector educativo, en sus diversos niveles, muchas de las cuales de manera formal promueven los valores cívicos. Sin embargo, frente al paradigma al que hoy nos enfrenta el uso reiterado y sistemático del audiovisual, no podemos dejar de lado el currículo paralelo por el que transitan, intencionalmente o no, los estudiantes, y que incluye una conciencia de ciudadanía actuante, nada abstracta; la justipreciación de vecinos, compatriotas, compañeros; la invitación a salvaguardar, embellecer, proteger y acrecentar los bienes, los recursos, los espacios comunitarios o locales; el entusiasmo por la convivencia pacífica, responsable, respetuosa, solidaria y tolerante.

IV.

Aquí, para ejemplificar de mejor manera, quizá conviene detenernos un poco para repasar algunas de las tareas más específicas de la televisión educativa pública en lo que a la formación de valores cívicos concierne, particularmente de un organismo público que conocemos de primera mano: la Unidad de Televisión Educativa (UTE), dependiente de la Secretaría de Educación Pública.

Como es sabido, son numerosas las experiencias en las que, a partir de un proyecto académico, las comunidades apartadas y con grandes carencias de recursos, de información y de apoyos institucionales se

apropian de los proyectos, los hacen suyos y los llevan a un horizonte mucho más amplio que trasciende el terreno de la educación formal.

Tal es el caso, por ejemplo, de la telesecundaria, la que en sus tres décadas de actividad ininterrumpida cuenta con innumerables historias, que si bien no han sido sistematizadas —deberían serlo— nos plantean una panorámica de sucesos y situaciones que surgen en el seno de las comunidades, generalmente marginales, en las que opera: escuelas convertidas en centros de desarrollo comunitario en donde, a partir de las transmisiones televisivas se reúnen grupos para retomar los programas como puntos de partida para la discusión y el desarrollo de proyectos que les atañen directamente.

Retomando esta serie de experiencias fue que se planteó el proyecto de educación media superior a distancia (EMSAD), el cual ya opera en 35 planteles, situados en zonas apartadas donde, por cuestiones normativas, no es justificable la apertura de un bachillerato. Desde sus inicios, EMSAD fue concebido para poder hacer uso del medio televisivo con fines académicos, estrictamente curriculares, pero también para desatar la discusión de proyectos a partir de la contextualización de los contenidos que se abordan. Cito ejemplos de temas establecidos en los programas de estudio de diversas asignaturas y la forma en que han sido abordados televisivamente.

El tema “Elementos químicos del aire, suelo y agua” promueve la concientización sobre contaminantes, tratamiento de aguas y usos del suelo a partir de experiencias en zonas rurales y urbanas. El caso de “El periodismo en la ciencia”, del taller de lectura y redacción, es tratado a partir de la experiencia del Sistema Cutzamala, y enfocado a promover la conciencia social sobre el uso y el desperdicio del agua. El tema “Federalismo y centralismo”, de historia de México, es abordado a partir de la expresión y reflexión acerca de las garantías individuales, los derechos humanos y los derechos laborales. En biología, el tema “Simbiosis” incluye la reflexión en torno al equilibrio ecológico y al cuidado de las especies. Y así pueden citarse muchos más, ya que en cada programa, hoy cerca de 150, se busca este enfoque, no explícito en el programa de estudios, pero perfectamente atendible a partir de la televisión.

Si bien esta experiencia, que cuenta con un año de vida, requiere aún de mucho trabajo ordenado, sistemático, metodológicamente orientado, que nos permita evaluar con seriedad a fin de darnos luces para reorientar las acciones, existen ya algunos acercamientos por parte de la Unidad de Televisión Educativa a los centros de atención que operan

actualmente. Mencionaré solamente el caso de un centro ubicado en Noh-bec, población del estado de Quintana Roo. Este centro fue creado por la enorme presión que la comunidad ejerció sobre las autoridades estatales por contar con un bachillerato. Al efecto se creó una asociación de padres que, mediante un arduo trabajo de gestión, obtuvo un plantel, antiguamente primaria, aunque en un avanzado grado de deterioro. Hoy lo han reconstruido y será utilizado por toda la comunidad para la creación de una cooperativa que desarrolle la piscicultura, para lo cual han solicitado ya la transmisión de series de esta materia, con el fin de capacitarse y poder operar.

V.

Como es perceptible, nos encontramos en el cruce de numerosas opciones, de múltiples estímulos y de otros tantos obstáculos, resistencias y reticencias, en el que la asignación de las nuevas responsabilidades y la modificación acelerada de papeles son el tono cotidiano; estamos ante el espacio propicio para la creación de nuevos paradigmas educativos que trascienden el espacio del aula y en los que el audiovisual juega un papel central de comunicación, de participación y de transformación: podemos pasar, con los naturales dolores de parto, del conocimiento a la conciencia y de ésta a la transformación de usos, referencias, espacios, tareas y visiones, y hacia la creación de otras expectativas deseadas, y tantas veces diferidas, de desarrollo social equitativo, justo y democrático.

Es tiempo también de revisar y abandonar la omnipotencia y la soberbia banalizadora del arquetipo de los medios como instrumentos de diversión sin responsabilidad social, sin compromisos ni ataduras comunitarias. Es posible, sin esfuerzos descomunales, que los medios se involucren en algo más que la información para pasar a ser promotores activos de proyectos y estrategias que ubiquen la relevancia de los valores democráticos y cívicos como sustento fundamental, no intermitente sino cotidiano, como tarea de todos los días y no como actividad fechada por los comicios u otros acontecimientos semejantes.

Para ello es menester que se examine, que se cuestione nuevamente el legado de la inercia que a tantos condena a observar la realidad como un mero espectáculo, para pasar a otra lectura de los acontecimientos: la realidad como espacio de información contextualizada, de conocimiento ordenado, riguroso y jerarquizado hacia la construcción de un nuevo usuario

de los medios, ya no más mero espectador de los sucesos. Así, como lo señala Fuentes: “Se puede preparar, gracias a la interacción con la imagen, gracias a la crítica de la imagen, no sólo una poética de la imagen, sino un hábito democrático de poner en cuestión lo que se ve, discutirlo y llevarlo desde la escuela a la familia y, a la postre, al plano ciudadano y político”.³

Es necesario, también, que así como diversos medios que hacen uso de la imagen para expresarse, entre ellos destacadamente la televisión educativa pública, se preste atención a las necesidades, las características y las peticiones de sus usuarios, y sea convicción común entre ellos la obligación de responder y respetar a sus públicos y hacerse partícipes de las preocupaciones que privan en la atmósfera nacional y en las diversas localidades. Debe recordarse que no vivimos en un país homogéneo, equitativo y sin abismos sociales. Es necesario que se tengan en consideración las estrategias más apropiadas y el respeto, incluso a la privacidad, de los grupos más desfavorecidos, de aquéllos más vulnerables como los viejos, los niños, los enfermos, los indígenas, los menesterosos de múltiples rostros e igual desamparo.

Si a nadie escapa el alcance de los medios, y por ende las dimensiones de su responsabilidad, debe hacerse hincapié en la pertinencia de que los esfuerzos converjan: aún existen numerosos aspectos o asuntos por revisar, iniciativas que secundar para darle otra faz a nuestra transición democrática, con el aporte de las innovaciones tecnológicas y la experiencia, así como con la creatividad y la sensibilidad ante los cambios históricos.

Es ese contexto y en esa dirección que habrá de moverse, y ya se mueve, la televisión educativa pública, y para ello son útiles tanto los instrumentos de reiterado éxito como las herramientas inéditas: los contenidos formales que consagra el sistema educativo al igual que los puntos de vista de quienes examinan con otra óptica nuestra realidad; las presentaciones tradicionales así como las búsquedas narrativas; los contenidos visuales austeros y la vivacidad de la multiplicación cromática; los módulos seriados al mismo tiempo que los cursos breves o las conferencias contextualizadoras.

En todo caso, lo único que no cabe ni es permisible es la renuncia o la indolencia ante el privilegio de asumir el cambio como compromiso, responsabilidad y oportunidad histórica.

³ Carlos Fuentes, *op. cit.*, p. 113.